

La vida

ALAS FEMENINAS

COMO original adorno de los trajes femeninos, han surgido de sus hombros dos leves alas, que revolotean cuando caminan y les dan un aire más complicado y peligroso.

No son esclavinas ni cosa que lo valga. Son alas libelulares, que las hacen más raudas e inaprehensibles, alas que revuelan sobre sus brazos desnudos, algo, en fin, que ha añadido una inquietud más a la primavera.

HA VUELTO A SONAR EL VIENTO.

PARECÍA olvidado ya hasta el año que viene el viento que desmelenaba los árboles y se queja entre dientes; pero ha vuelto. Salió de su caja de física recreativa.

Tiene nervio el viento. A mí me agrada. Es lo que más me hace disfrutar de lo estable y firme que es nuestra casa, de lo bien pertrechados que estamos contra la amenaza de todo viento.

¡Cómo pronuncia las ves el viento! Es fino, sibilesco, afilado, cortante. De no poder ver, como no podemos ver, el movimiento de rotación de la tierra, este ruido del aire trasfundido a través de las distancias, de velocidad capaz de dar la vuelta al mundo, es una de las señales más amplias y animadas de la vida.

Vamos a despedirnos de este viento frío y oscuro del invierno. Es la última representación y tiene un olor saturado y abundante que no tenía.

LOS ANTIGUOS ALUMNOS.

SE están acentuando mucho las fiestas que se propinan los antiguos alumnos de los colegios «bien». Nunca me ha parecido bien fomentar lo que hay de egoísmo en ese encuentro de compadrazgo de señoritos. Me parece más liberal mantener las amistades sueltas y rebeldes que quedaron de la estancia en esos colegios.

De mis colegios y de la Universidad conservo sólo los amigos que me fueron simpáticos, y me daría el escalofrío de los convencionalismos y de los tópicos el que nos reuniésemos en fiestas comunes con todos los borrados en nuestra simpatía.

Ha llegado ya a ser una noticia constante de los periódicos la de esas reuniones de colegiales, y por eso intento definir lo que de ostentación burguesa hay en eso.

El colegio debe ser un recuerdo sentimental, en el que ya debe iniciarse una selección justiciera, y debe haber

los que se recuerdan y los que son irrecordables.

No se deben hacer esas agrupaciones de condiscipulismo antiguo. Al volver a encontrar a los antiguos condiscípulos se les encuentra más egoístizados por la vida, y que en vez de afinarse, de volverse más comprensivos y generosos, generalmente se han anquilosado. Surge entre ellos casi siempre algún barbitas muy rizadas hacia afuera, que continúa con aquella grandilocuencia empalagosa que ya nos ponía frenéticos entonces.

Yo me siento en rebeldía contra ese modo de agruparse de antiguos niños privilegiados y por ese afán de agruparse por móviles sensibleros, borrosos, casuales, en vez de formar falange alrededor del amigo desconocido o del personaje simpático de la vida.

Cuando hay que renovarse, cuando hay que variar radicalmente, cuando hay que ser un poco—por no decir un mucho—descastados con el pasado inconsciente, se acentúa esa reacción, sentimental, que era sólo disculpable en quienes incurrieran en ella porque era cosa tradicionalísima en sus disciplinas.

SOY PESCADOR HONORARIO.

A veces se escriben artículos que teniendo su parte de ironía, caen en gentes generosas y de alta comprensión, que los aceptan como en su intención pensaron ser aceptados. Así me sucedió con un artículo que escribí antaño sobre el camión que salía en la madrugada de la Puerta del Sol llevándose a los pescadores madrileños hacia las riberas lejanas en busca de ese pececito que al fin atrapan, después de muy larga paciencia.

Después defendí a esta clase especial y noble de hombres que se dedican

a la pesca, cuando una Real orden quería suprimirles durante una larga temporada el placer de pescar con caña.

«¿Pero no ven los Gobiernos—venía a decir yo—que los pescadores con caña no pueden ser de ningún modo descastados de los peces de río, sino más bien sus fomentadores, pues están perdiendo el cebo sus anzuelos todo el santo día? ¿No ven que son los que solazan a la triste fauna de los ríos?»

La Sociedad de pescadores con caña me dió las gracias en elocuente escrito después de una junta general en que se habló de mí, y hace poco ha acordado nombrarme socio de honor al mismo tiempo que a Bagaría, pescador que los domingos dedica sus mejores sonrisas e ironías al agua que transcurre y a los peces, que le lanzan sus «¡Oh! ¡oh!» acuáticos.

—¡Pero si yo no he pescado nunca!... Sólo puedo aducir una cosa, como mérito trivial, y es que tengo una pecera en mi despacho...

—Nada—me contestaron—; eso no importa... En la mañana de un buen día saldremos a celebrar la fiesta pisciculatoria para darles el título.

—¡Ah! Eso sí que no; por la mañana, no... Mi bautizo honorario tendrá que ser de noche... Yo soy un nato pescador de anguila, con mi candil encendido...

—Bueno, pues la excursión será de noche, y pescaremos anguilas, que se suelen pescar también a esas horas... Llevaremos unas cañas con cascabeles para que así se anuncie el que ha picado, y como el pescador de la caricatura, «pondremos de cebo gusanos de luz».

La Naturaleza exige sus cuidados, sus atenciones, sus dedicaciones. Debemos volver un poco hacia el campo. Yo mismo saldré una noche a pescar anguilas nocturnas, situándome al borde estratégico de un buen río.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(El Sol, Madrid).

Una célebre caciquesa

EN España, las hijas de los caciques suelen ser muy celebradas en unas cuantas leguas a la redonda de su campanario, pero su fama no pasa la frontera local. No le ocurrió lo mismo a la hija del cacique Powhatten que, en tiempos, caciqueó por vastos territorios de América. La hija del cacique Powhatten ha pasado a la historia de la destrucción de los pieles rojas por los cuáqueros temblorosos. Si los pieles rojas hubieran sido nacionalistas, habrían podido acusarla de traición. De todos modos, la hija del

cacique Powhatten ha pasado a la historia con el nombre de caciquesa Pocahontas, que casi resulta como decir para el hispano-americano: Pocaver güenza. Sería ya inadmisible descender, de los padres a las hijas, el nombramiento de «pocaver güenza» en los cacicatos españoles. En los cacicatos auténticos, en los americanos, pocaver güenza y caciquismo no tienen nada que ver: el caciquismo era, sin duda, la función más honrosa del cacique. Y el caso es que la caciquesa Pocahontas se opuso al caciquismo, des-